

«GESTIONAR» EL NACIONALISMO

El nacionalismo es un fuego fatuo. Ahora lo ves, ahora no lo ves. O, dicho de un modo más preciso, ahora ves algo claramente diferenciado en relación a otras cosas, y ahora lo ves por todas partes. Hay autores que hablan de nacionalismo británico o inglés en el siglo XVIII, una pasión que se expresaba como hostilidad hacia los franceses. Sin embargo, el nacionalismo sólo cobra sentido como uno de los criterios que determinan la composición adecuada del Estado moderno, y los británicos no experimentaron hacia los franceses ningún sentimiento relacionado con esto en aquel periodo. El término «nacionalismo» nos sitúa ante un problema, ya que ha sido empleado tanto para referirse a la propia representación colectiva de la enemistad hacia otra colectividad como a la doctrina acerca del criterio de adecuación de un Estado. Se pueden hallar ejemplos del primer significado en numerosos periodos y lugares, el segundo es propiamente moderno.

Exagerando algo se podría decir que Elie Kedourie clarificó estas ambigüedades en torno al «nacionalismo» de un modo decisivo¹. Antes de Kedourie, el nacionalismo acechaba en cada esquina de la historia; podía ser identificado en cualquier expresión colectiva de autoafirmación. Después de Kedourie, ningún pensador riguroso lo emplearía para referirse a periodos y lugares premodernos. Él demostró que se trataba de una doctrina «inventada» a principios del siglo XIX. En su artículo sobre Kedourie, publicado en *New Left Review*, «In Praise of Empires Past» [«Elogio de los antiguos imperios»], Brendan O'Leary pretende desmontar sus logros². Se trata de un texto arrojado, que en ocasiones avanza de un modo pedante a paso de tortuga, en otras procede a base de saltos intrépidos que desafían la lógica, como cuando el rechazo hacia la predicción en Kedourie se convierte en un rechazo *tout court* hacia la posibilidad de generalizar.

¹ Elie KEDOURIE, *Nationalism*, Londres, 1960 [ed. cast.: *Nacionalismo*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1985]

² Brendan O'LEARY, «Elogio de los antiguos imperios. Mitos y métodos en *Nacionalismo* de Ellie Kedourie», *NLR* 18 (enero-febrero de 2002).

La cuestión aquí merece seguir siendo revisada. Porque aunque los argumentos fundamentales de Kedourie han sido mayoritariamente aceptados por parte de los estudiosos del nacionalismo, las tendencias a caer en las mismas trampas continúan aflorando. Eric Hobsbawm, por ejemplo, da más o menos por bueno el veredicto de Kedourie, aunque no le mencione, para a renglón seguido jugar con los «protonacionalismos» del siglo xi. Kedourie escribió en calidad de historiador, lo cual significaba que estaba interesado en el análisis de las circunstancias que habían posibilitado cierto modo de pensar, así como en sus antecedentes. Al igual que otros autores, Kedourie se refirió a Rousseau y a Herder entre estos últimos, a los que suma la teoría de la autodeterminación de Kant. No obstante, defendió la idea de que el nacionalismo era una doctrina política que únicamente tomó cuerpo en respuesta al universalismo de la Revolución Francesa. Para él, el nacionalismo fue una respuesta esencialmente oportunista a varios tipos de reivindicaciones colectivas; en su opinión (*pace* O'Leary), carecía de «esencia». Podía, en un momento dado, casarse con repúblicas y, a renglón seguido, con monarquías; y pelearse o aliarse con otras ideologías, como el socialismo, en función de las exigencias que en cada momento prevalecieran según el juicio de quienes adoptaron o quizá desarrollaron esta doctrina. El nacionalismo fue un instrumento para la acción práctica y no una idea filosófica explicativa. Por este motivo tenía que ser comprendido en términos esencialmente históricos. Es más, la mayoría de sus concepciones dan por sentada la existencia del Estado soberano moderno, careciendo de sentido en el medioevo o en los imperios orientales.

O'Leary impugna el célebre primer enunciado de Kedourie: «El nacionalismo es una doctrina inventada en Europa a comienzos del siglo xix». Estrictamente hablando y desde un punto de vista histórico, evidentemente ninguna idea es, en sentido estricto, «inventada»; «emergió» podría haber sido un término más adecuado y podría haber esquivado la objeción de O'Leary, según la cual una invención precisa de un único inventor y Kedourie no menciona ninguno. No obstante, la cuestión fundamental aquí es el intento por parte de O'Leary de atacar a Kedourie por el flanco preguntando: ¿por qué no hallamos expresiones de nacionalismo en las revoluciones Francesa y Americana? La respuesta a este hecho remite a la cultura y al estilo. Los americanos fueron objeto de las injusticias perpetradas por el gobierno británico y no las expresaron en términos culturales, sino como una negación de sus derechos. Ni siquiera estaban seguros de ser una nación o trece. Los franceses soñaban con resucitar la república romana; su lenguaje y sus actitudes apelan a lo universal en lugar de a lo particular.

Que el nacionalismo emergiera como parte de los entusiasmos del siglo xviii está fuera de dudas. Sin embargo, ¿cuándo «cristalizó» en un vocabulario, en un conjunto de emociones y en una doctrina capaz de justificar una forma determinada de intervención política? En la medida en que Kedourie se refiere a figuras como Kant, Schiller o Federico el Grande, O'Leary

se pregunta por qué no sitúa el nacionalismo en este periodo. La respuesta puede formularse estableciendo una analogía con una plancha fotográfica: ¿en qué momento apareció realmente la imagen? Para intentar capturar la emergencia de una nueva idea, personalmente no hablaría de «catalizadores» que empiezan a «brotar como champiñones», tal y como hace O'Leary. Lo que el autor quiere decir al acudir a esta mezcla de metáforas es, creo yo, que el nacionalismo se extiende de pronto por toda Europa –y, desde luego, más allá–, hecho a partir del cual llega a la conclusión de que la «causa real» del nacionalismo puede ser explicada acudiendo a «acontecimientos históricos específicos», presumiblemente al advenimiento de la industria moderna. En este sentido, rechaza el difusionismo³, contraponiéndolo a lo que cabría llamar «causalidad material». Lo que diferencia de un modo fundamental estas explicaciones alternativas es la contraposición entre historia y sociología. La historia de las ideas de Kedourie interpreta el nacionalismo como una reacción de los sujetos políticos, en el contexto crucial de la reivindicación colectiva y del Estado soberano, ante las transformaciones de aquel periodo. La sociología de O'Leary pretende explicar el nacionalismo como un fenómeno «inevitable» y «predecible» que surge de la modernización. O'Leary personaliza esta explicación acudiendo a una disputa entre Kedourie y Gellner, que en algún momento, en efecto, debatieron sobre este punto.

Ambos eran amigos míos (como, de hecho, espero lo sea O'Leary), de modo que no estamos aquí dirimiendo algo excesivamente personal. Yo estoy de acuerdo con Kedourie y he manifestado mis críticas con respecto a Gellner. No obstante, la interpretación de O'Leary sobre todo esto hace necesarias ciertas aclaraciones. Su crítica a Kedourie se asemeja al

³ La idea fundamental del llamado difusionismo es que el nacionalismo emergió y se expandió desde Europa hacia el resto del mundo. Esta teoría básica ha sido reelaborada de dos modos distintos por parte de los euomarxistas. De acuerdo con una de las corrientes, el nacionalismo es una idea propiamente europea, la idea de libertad, que se expandió mundialmente gracias a la influencia europea (véase autores como Snyder, Kedourie, Hayes, Anderson). El colonialismo, que, evidentemente, se opone a la libertad, introduce, no obstante, desde esta perspectiva la idea de libertad entre los pueblos colonizados. De acuerdo con esta explicación, los movimientos de liberación en el Tercer Mundo no surgen de la opresión y de la explotación, sino más bien de la difusión de esta idea europea. A pesar de que los marxistas son reacios a conceder a una mera idea el poder de propiciar la transformación social, esta teoría nacionalista euomarxista representa una importante excepción. La segunda teoría, por el contrario, se funda sobre la concepción marxista de la lucha de clases; sin embargo, afirma que el nacionalismo, la lucha de la burguesía emergente, es una consecuencia directa de la expansión del capitalismo. Hobsbawm, por ejemplo, argumenta que no existió un nacionalismo significativo fuera del mundo europeo durante la primera mitad del siglo XIX. El capitalismo propició la rebelión de los burgueses y, por consiguiente, la del nacionalismo burgués en distintos lugares. Hoy en día, sostiene Hobsbawm, el nacionalismo responde a la supervivencia de un proceso que resultaba racional únicamente al calor de la emergencia del capitalismo. Para una crítica del eurocentrismo en los análisis del nacionalismo, véase, J. M. BLAUT, *The Political Economy of Imperialism: Critical Appraisals*, ed. Ronald Chilcote, Boston, Kluwer Academic Publishers, 1999, pp. 127-140 [N. de la T.].

reproche propio de un partidario del nacionalismo para el que éste constituye un fenómeno comprensible y por encima de todo admirable. En esta perspectiva, Kedourie pasa a ser considerado como un exponente conservador de las ventajas del imperio, visión que cabe atribuir a sus orígenes sociales como un judío de Bagdad que creció en el periodo de entreguerras. Al negar que la aparición del nacionalismo se hubiera producido con anterioridad al siglo XIX, posiblemente fuera de Europa (en América del Sur, por ejemplo), Kedourie –según sostiene O’Leary– quiso «echarle la culpa [del nacionalismo] directamente al romanticismo alemán».

Desde luego, puede que Kedourie se equivocara en algunas cosas. Pero de ahí atribuirle el deseo de culpar a un movimiento estético de la emergencia del nacionalismo resulta tan descabellado como atribuir a su obra una intencionalidad más ambiciosa. Así pues, se nos explica que *Nacionalismo* de Kedourie «comparte algunos de los errores de la epistemología de Oakeshott, según la cual la filosofía, a diferencia de las ideas prácticas y las ideologías, carece de influencia en el mundo». Considero que Oakeshott estaba en lo cierto en este aspecto; sin embargo, no es ésa la cuestión. A pesar de todo, O’Leary, se entretiene explicando «el desprecio y el miedo que Oakeshott sentía por los intelectuales», algo que ni siquiera resulta plausible como caricatura. Kedourie aún es tratado con mayor paternalismo cuando se afirma que escribió un «ensayo leal a Oakeshott» y cuando se le describe como alguien que en la década de 1950 se mostraba «fiel al reciente esfuerzo bélico de los Aliados». Al ser la lealtad una emoción y no un argumento, el objetivo parece consistir en limitar la capacidad racional de Kedourie. Cuando finalmente descubrimos que el análisis histórico de Kedourie «encaja con facilidad con el temperamento de un judío de Bagdad observador, quietista y culto, indignado ante el sionismo y el nacionalismo árabe»⁴, resulta bastante evidente que la sociología del conocimiento de O’Leary ha perdido el control.

¿Cuál es la preocupación fundamental de O’Leary? Su objetivo es considerar el nacionalismo como una respuesta política independiente a la modernización y empujar sus comienzos hasta alcanzar un momento, anterior al siglo XIX, en el que sea posible situar la aparición de un «elemento» cualquiera de la doctrina. Así pues, intenta una *reductio ad absurdum*, situando su primera manifestación en Kant, al que Kedourie había señalado como uno de los padrinos filosóficos de la doctrina; siguiendo este razonamiento, y teniendo en cuenta que Locke había desarrollado una noción de autodeterminación un par de generaciones antes, ¿por qué no retrotraer el nacionalismo a Locke? Si así lo quisiéramos, evidentemente, podríamos hallar formulaciones que situaran la idea de autodeterminación democrática en un momento anterior incluso a, por ejemplo, los escritos de Algernon Sidney; de modo que ¿por qué no buscar el origen

⁴ B. O’Leary, «Elogio de los antiguos imperios. Mitos y métodos en *Nacionalismo* de Ellie Kedourie», cit., p. 91.

de la doctrina en el siglo xvii? El propio Kedourie sugeriría más adelante que la pasión del nacionalismo hacia la uniformidad religiosa y cultural fue un tema recurrente en la política europea en un periodo tan temprano como el de Teodosio. ¿Entonces por qué tuvo Kedourie que decir que el nacionalismo era una invención del siglo xix?

La respuesta a esta pregunta es que el significado y, consecuentemente, el desarrollo del nacionalismo dependen del contexto. Los esfuerzos por esclarecer este tipo de cuestiones suelen distinguir entre influencias, que son específicas, y afinidades, cuyo carácter abstracto puede trascender el tiempo y el espacio. Cuando Locke se refería a la autodeterminación estaba interesado en la ética y en el sujeto; Algernon Sidney, en una república aristocrática. Una identidad histórica no equivale a una palabra, o a la forma de las palabras, sino a la acción y al enunciado humano en un contexto determinado, y los contextos son específicos en cada periodo histórico. Se podría generalizar al margen de las situaciones sociales específicas e intentar, tal y como lo hizo Gellner, una sociología del nacionalismo. Ambos enfoques pueden proporcionar resultados interesantes. Sin embargo, O'Leary tiene otra cosa entre manos. Él quiere convertir el nacionalismo en un fenómeno de estudio —en realidad, de «gestión»— para la ciencia política desde una aproximación más o menos científica.

Frente a la visión de Kedourie, según la cual el nacionalismo es caracterizado como un estilo ideológico de la política, O'Leary subraya: «Los nacionalistas generalmente han tenido los pies en la tierra y se han dedicado a revivir o renovar sus propias tradiciones culturales en lugar de a erradicarlas; han celebrado y fortalecido sus propias sociedades civiles y han hecho campaña en favor de sus Estados». Algunos se ajustan a esta descripción, otros no. No obstante, a O'Leary le interesa la pregunta práctica: «¿Puede el nacionalismo ser gestionado y formulado de modo que proporcione estabilidad y orden mundial y sea compatible con el constitucionalismo y la democracia?». Kedourie pensaba que esto era imposible. En mi opinión, resulta dudoso. En otro fragmento, O'Leary se dedica a jugar con las condiciones estadísticas bajo las que el federalismo podría ser la solución a las tensiones nacionalistas en determinados Estados sin tener que alterar las fronteras existentes. Canadá no se ha desgajado, al menos no hasta el momento; no obstante, los Balcanes no parecen tan manejables; Indonesia y otros países asiáticos son dignos de preocupación. Líbano apenas se está recuperando de un arrebato que surgió del consociacionismo dirigido, y en cuanto a África... más vale que mantengamos los dedos cruzados. Si consideramos el nacionalismo como un epifenómeno de un hecho social como es la modernización, en ese caso las condiciones para su gestión pueden ser reveladas y manejadas. Si, por el contrario, el nacionalismo es un tipo de doctrina cuyos efectos e implicaciones resultan tan impredecibles como el resto de los asuntos humanos, entonces el historiador escéptico podría resultar un guía más adecuado para comprenderlo que el científico político.